

ROSAMUND YOUNG

La vida secreta de las vacas

Seix Barral

A stylized illustration of a cow's face, rendered in high-contrast black and white. The cow's eyes are large and white, set against a black background. The nose and mouth area is a solid tan color, with black outlines for the nostrils and lips. The overall style is minimalist and graphic.

ROSAMUND YOUNG

La vida secreta de las vacas

Traducción del inglés por Carles Andreu

Prólogo de María Sánchez y Alan Bennett



Seix Barral Los Tres Mundos

Título original: *The Secret Life of Cows*

© Rosamund Young, 2003, 2017

© por la traducción, Carles Andreu, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.es

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Diseño de la cubierta, © Run Design

De las ilustraciones de la cubierta y del interior, © Run Design

De la imagen de la pág. 237, © Archivo personal de la autora

Primera edición: marzo de 2018

ISBN: 978-84-322-3354-8

Depósito legal: B. 2.465-2018

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Limpergraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LA VIDA SECRETA DE LAS VACAS

Siempre estuvimos muy orgullosos de nuestro rebaño de vacas. Las ordeñábamos, las llamábamos por sus nombres, las acariciábamos y disfrutábamos de su individualidad. Pero sólo al cumplir los trece años me di cuenta de que también entre ellas existía afinidad.

En 1968, nuestra producción láctea provenía de un rebaño de ayrshires de pura raza. Aquel verano alquilamos tres campos en un monte escarpado y silvestre situado a seis kilómetros de la granja, y también un camión para llevar las vacas que todavía no producían leche y sus no-

villos a su nuevo lugar de pastoreo. Pasaron allí tres meses, comiendo hierba abundante, bebiendo agua fresquísimas y gozando de la vida. Las vacas lecheras que se quedaron en la granja parecían tan felices como siempre. Justo antes de que el breve alquiler de aquel monte venciera, alquilamos el mismo camión y, en la fecha convenida, trasladamos a las veraneantes de vuelta a casa.

Creo que los cuatro nos dimos cuenta de que, durante varios días después de reunir las dos mitades del rebaño, Rayito de Sol y Rayito de Luna, madre e hija, pasaban el día enteras juntas, en el patio y en el campo, hablando de los últimos tres meses, sin revelar ninguna emoción pero muy felices de volver a verse.

Cuando las habíamos separado no se habían añorado. Como era una vaca lechera, Rayito de Sol no había criado a su hija y, de hecho, ni siquiera sabíamos que se reconocían, pero aquella muestra de afecto mutuo nos abrió los ojos a un mundo completamente nuevo, el de las amistades bovinas.

UNAS PALABRAS SOBRE EL INGENIO

Cuando Wizzie, otra ayrshire, tuvo su segundo ternero (una preciosa vaquilla ruana, corpulenta y paticorta llamada Meg), le dijo a su hija que era la mejor y ella la creyó. En cuanto llegó el invierno y el barro se convirtió en un problema cotidiano, Meg dejó claro que detestaba ensuciarse las patas color caoba. De un modo u otro, había logrado subir por un pronunciado tramo de doce peldaños de piedra de Cotswold diseñados para que las vacas no pudieran pasar, que conducían al granero, y una mañana helada a primera hora la vimos detenerse en el peldaño más alto, bostezar y mirar a su alrededor mientras valoraba si valía la pena levantarse, o sea, bajar. Había pasado la noche cómodamente tumbada en el suelo de madera del granero, lejos del barro, el viento y las intimidaciones de otros animales. Habíamos dejado la puerta del granero abierta porque creíamos que una vaca no podía encaramarse por aquellos peldaños. Más tarde les enseñó el truco a dos amigas, y nosotros empezamos a dejarles heno y agua en el granero.

ALICE Y JIM

Dejamos de ordeñar a las vacas con fines comerciales en 1974 y a partir de entonces permitimos que las vacas criaran sus propios terneros, aunque todavía ordeñábamos una o dos para consumo propio.

Alice se convirtió en una de esas vacas de ordeño en 1990, y durante el tiempo que pasamos acompañándola de vuelta a la granja cada día y ordeñándola descubrimos no sólo lo inteligente, afable y bondadosa que era, sino también que era capaz de divertirse.

Era una vaca grande y negra, con la frente ancha e inteligente y unos enormes ojos oscuros, y tardó muy poco en familiarizarse con la rutina del ordeño. La ordeñábamos una vez al día, dado que nuestro objetivo no era la cantidad sino la autosuficiencia. Cada día a primera hora de la noche, uno de nosotros iba a buscar a las vacas lecheras. Las encontrábamos casi siempre en su campo preferido, uno en forma de ele.

El campo en cuestión ofrece las mejores vistas de la granja, es más llano que los demás y parece interminable, aunque no estamos seguros de que la vista guardara relación alguna con aquella preferencia. Desde el corral de la granja tienes que encaramarte monte arriba a través del campo de nogales, donde hay cinco árboles de ciento veinte años, y al llegar a lo más alto, el campo en forma de ele se extiende ante ti. Lo más habitual era encontrar a las vacas en el punto más alejado del campo. Pero sabían por qué habíamos ido allí y regresaban a la granja de buen grado.

A veces, Alice decidía divertirse un poco y de pronto echaba a trotar y se alejaba de mi lado hasta perderse de vista. Yo seguía caminando junto a la otra vaca lechera y cientos de metros más adelante veía a Alice tratando de jugar al escondite. Hacía lo posible por esconderse detrás de un nogal, pero naturalmente era demasiado grande, y en cuanto se daba cuenta de que la había descubierto, salía al galope y se escondía detrás del siguiente. Así llegábamos al redil.

Después de su año como vaca doméstica, Alice gozó de tres meses de descanso en los cam-

pos con sus amigas. Cuando se acercó el momento de volver a parir, la fuimos a buscar para llevarla al establo, para estar cerca de ella si nos necesitaba. Alice se dio cuenta de que habíamos ido a recogerla y pareció seguirnos gustosamente, pero cuando llevábamos unos cincuenta metros andando, aceleró y se alejó hasta el extremo opuesto del campo. Se acercó a su amiga Toria, le contó adónde iba y por qué y a continuación regresó trotando con nosotros. Terminamos el trayecto sin más sobresaltos y a la mañana siguiente nació Abou, que no necesitó de nuestra asistencia. Toria tuvo a Gloria una semana más tarde y los cuatro se reunieron de nuevo con el rebaño al cabo de unos días.

Al año siguiente, Alice tuvo a Jim. Era negro azabache con la cola blanca y poseía una gran inteligencia. Cuando Jim tenía un año nacieron sus hermanos gemelos, Alice II y Arthur. A esas alturas, Jim, que se había destetado solo, ya se había independizado física y emocionalmente de su madre y pasaba el día en otra parte de la granja con sus amigos. Siempre controlaba a su madre con el rabillo del ojo, y cuando Alice sacó a

los gemelos a tomar el sol por primera vez y los dejó solos un rato para ir a pastar, Jim saltó la verja y se acercó medio trotando para presentarse. Los terneros eran demasiado pequeños para despertar realmente su interés, de modo que dio media vuelta y se alejó al trote. Arthur, que apenas tenía doce horas, decidió seguirlo. Sus patas todavía eran un poco inestables, pero estaba decidido a no quedarse atrás y su determinación fue creciendo con cada paso, mientras nosotros lo observábamos andar a trompicones y apresurándose tras su hermano mayor. Jim llegó a la verja, saltó y desapareció. Arthur se quedó plantado con una mezcla de decepción e incredulidad, examinó la verja desde todos los ángulos posibles y finalmente regresó junto a su hermana.

Unos meses más tarde, en medio de un invierno plomizo, Jim encontró la forma de hacer que los días fueran mucho más interesantes de lo que habrían sido en condiciones normales. Fat Hat II vivía en el mismo establo que Jim y, como de costumbre, podía entrar y salir a voluntad, aunque siempre optaba por acercarse al

comedero de forraje y comer a su aire más o menos durante una hora. Jim no entendía por qué él no gozaba también de ese privilegio. Después de unos días observando atentamente, se le ocurrió una solución que nos encantó y maravilló a todos.

Yo estaba en la cocina con una amiga, seguramente tomando el té y desde luego mirando por la ventana, cuando vimos que Jim salía del corral y se dirigía hacia el campo. La verja estaba abierta, pero hacía tanto frío que ningún otro animal se atrevía a salir. Jim se alejó obstinadamente de sus amigos y de la comida en dirección al campo de cerezos. De repente comprendí lo que se proponía y se lo comenté a mi amiga. Jim avanzó unos cien metros más, dio media vuelta, superó con cuidado la rejilla guardaguardado, recorrió la carretera que pasaba por delante de la casa y se reunió con Fat Hat II en el comedero de forraje. Ni que decir tiene que a partir de aquel día le dejamos tomar también el camino más corto.

MADRES E HIJAS

Las relaciones entre las madres y sus terneros suelen ser complejas y fascinantes. Hay madres blandas, que se dejan dominar por sus terneros, las hay autoritarias y las hay también despreocupadas en exceso. Pero dos de las historias más interesantes son seguramente la de Dolly y Dolly II y la de Stephanie y Olivia.

Stephanie y su hija Olivia tenían una relación cercana y normal, e iban a todas partes juntas hasta que Olivia tuvo su primer ternero. Cuando éste estaba a punto de nacer, Stephanie aconsejó y consoló a su hija y la ayudó a elegir un buen lugar donde dar a luz, cerca de un arroyo de agua limpia. Stephanie se instaló a unos cincuenta metros de distancia, en un lugar próximo pero no en exceso. Olivia parió sin complicaciones y quedó inmediatamente preñada de su hermoso becerro color crema, al que llamamos Orlando. Lo secó a lengüetazos, lo amamantó y lo mimó. Stephanie se acercó unas horas más tarde para presentarse y pasó los días siguientes pastando cerca de ellos, con la espe-

ranza de poder ser útil y convertirse en una parte integral del trío. Los terneros recién nacidos pasan muchas horas durmiendo durante los primeros días, por lo que las abuelas suelen hacer las veces de niñera. Es frecuente que una vaca se ocupe de varios becerros al mismo tiempo, pero la tarea se reparte de forma democrática y las vacas se van turnando.

Por desgracia, Olivia no deseaba los servicios de Stephanie, pues prefería no apartarse del lado de Orlando. Comía tan cerca de él como podía, y cada vez que él se movía, lo seguía. Ni siquiera dejó que Stephanie lamiera y acicalara a su pequeño. La ignoró vergonzosamente. Al cuarto día, Stephanie perdió la paciencia. Sorprendida y dolida, dio media vuelta, saltó la valla más próxima y se alejó por el campo contiguo para pastar con sus viejas amigas.

Hasta donde yo sé, no volvieron a hablarse nunca más.

El caso de Dolly y su hija fue totalmente diferente. Dolly era una vaca sabia y bastante mayor, de pelaje caoba oscuro, pulcra, delgada y muy muy inteligente. Había tenido numerosos

terneros y cuidaba de ellos a las mil maravillas. Les daba quince o veinte litros de leche al día durante varios meses e iba reduciendo esa cantidad paulatinamente durante un periodo de entre nueve y doce meses, de modo que cuando les llegaba el momento de destetarse, la base de su dieta ya era la hierba y apenas echaban de menos la leche. Dolly los acicalaba a diario, los protegía y animaba, y les enseñaba a desconfiar de los seres humanos. «No son como nosotros —les decía—. De vez en cuando pueden ser útiles, principalmente para conseguir heno en invierno, pero no es obligatorio confraternizar con ellos.» Todos seguían su consejo.

Sus cuatro primeros terneros fueron machos y se mostraban completamente distantes o, para ser más exactos, indiferentes respecto de nosotros. Después Dolly tuvo una ternerita, Dolly II.

Dolly II era muy guapa. Aunque sus hermanos habían sido oscuros, su pelaje era claro y castaño dorado. Tenía unos ojos grandes como los de un ciervo y era dulce y confiada por naturaleza. A pesar de los consejos de la vieja Dolly, a la joven Dolly le gustábamos y estaba encanta-

da de que a nosotros nos gustara ella. A veces, mientras acariciábamos a su hija, se nos escapaba una palmadita de felicitación a la vieja Dolly, pero ésta volvía la cabeza con gesto furioso, como si se nos hubieran olvidado las reglas. Aunque nos gustaba mucho que la mayoría de nuestras vacas se mostraran confiadas con nosotros, también admirábamos a las pocas que preferían ser independientes.

Cuando Dolly II tenía quince meses, su madre tuvo otro ternero y, como había hecho siempre, se entregó a él. No rechazó a Dolly II, pero la fue ignorando paulatinamente, hasta que ésta comprendió que, como adulta, debía buscarse sus propios amigos y dejar que su madre se encargara de la tarea que mejor se le daba. No le costó nada hacer amigos.

A medida que se acercaba el momento en el que Dolly II debía tener su primer becerro íbamos a verla a diario, dos o incluso tres veces durante los últimos días. Siempre intentamos estar cerca por si los animales nos necesitan, aunque casi nunca se da el caso. Cada vez nos saludaba con afable despreocupación. Esta-

ba bien y no entendía por qué la visitábamos tan a menudo.

No estuvimos presentes en el parto de Dolly II. Hasta entonces, nunca nada había ido mal en su vida y no esperaba que en aquella ocasión fuera diferente. En vez de elegir un lugar accesible donde alumbrar, o de acercarse a la casa para pedirnos ayuda como han hecho varias vacas jóvenes en otras ocasiones, se alejó tanto como pudo y se escondió entre setos y montes.

Cuando descubrimos que había desaparecido, intuimos por qué y nos pusimos a buscarla. La nuestra es una granja de dimensiones considerables, con innumerables escondrijos. Si tienes la mala suerte de empezar mirando en todos los lugares equivocados, puedes tardar una eternidad en encontrar lo que andas buscando. Aquel día fuimos cinco personas las que nos centramos en la búsqueda; salimos todos en direcciones opuestas y con órdenes muy concretas.

Cuando finalmente encontramos a Dolly II detrás del monte de Monument Field, su aspecto era tan lastimero como alarmante. Tras un

laborioso parto sin ayuda, a Dolly se le había desplazado el útero. El ternero había nacido muerto, y cuando la encontramos, ella estaba postrada, exhausta. Nos pusimos manos a la obra para intentar aliviarla. Mientras esperábamos a que llegara el veterinario, le dimos agua tibia (el agua fría habría supuesto un impacto excesivo para su organismo) y la cubrimos con una manta. El veterinario se presentó enseguida y logró recolocarle el útero y coserla. Entonces la incorporamos, la arropamos con unas balas de paja y heno y la dejamos así, relativamente cómoda, aunque todavía cansada y en apariencia incapaz de levantarse.

Cuando unas horas más tarde volvimos a echarle un vistazo, encontramos la manta hecha un ovillo sobre la hierba. El cubo estaba vacío y derribado y no vimos a Dolly por ningún lado. No nos lo podíamos creer.

Después de mucho buscar, la encontramos tres campos más allá, echada a los pies de su inteligente madre, que la lamía y la reconfortaba mucho mejor de lo que podríamos haber hecho nosotros. Hacía una eternidad que no

veíamos a las dos Dollys hablar, y es un misterio cómo logró la joven Dolly saber en qué lugar de la granja estaba su madre. En todo caso, nos alegró constatar que nuestra norma de dejar las verjas abiertas para que el ganado elija dónde quiere ir es un acierto: por lo menos, la lenta y tambaleante expedición de Dolly no se había visto impedida por barreras de madera. Después de pasar seis días juntas, las dos Dollys se separaron de nuevo y se marcharon alegremente cada una a lo suyo.

Las situaciones en las que las vacas rechazan o ignoran a sus crías son bastante excepcionales y en nuestra experiencia siempre terminan resolviéndose en un breve espacio de tiempo. Hasta donde yo recuerdo, el caso de Olivia rechazando la amistad de su madre fue bastante singular. Aquí, casi a diario, vemos hijas preguntando a sus madres acerca de inminentes alumbramientos, aunque tal vez hablen del tiempo.

Hace poco, no sabíamos con exactitud cuándo iba a parir la joven Nell, de modo que decidimos que ella y su madre pasaran la noche en el establo durante los x días precedentes (al fi-

nal resultó que $x = 9$). A las cuatro de la madrugada, Nell empezó a parir bajo la atenta mirada de su madre. Después de que el ternero naciera sano y salvo (el parto requirió la ayuda de dos hombres), la mamá de Nell (Gold Nell, para llamarla por su nombre completo) se acercó a ella y, ladeando la cabeza, observó a su hija y a su nieta con gran atención. Finalmente decidió que las dos estaban bien y se marchó hacia la verja, donde pidió que la dejaran salir. Durante las noches que había pasado haciéndole compañía a su hija no había mostrado la menor inclinación a salir, pero aquella noche, consciente de que ya no la necesitaban, fue distinto. A partir de aquel momento mantuvo una amistad muy activa con su nuevo clan familiar.

JAKE

Todos los toros que hemos tenido han sido individuos admirables e interesantes: Jonathan, Ivor, Tor Down Hyadal, Olé, Mr. Mini, Sam y John (los hijos gemelos de Constance), Wheatrig

Patriot IX, Augusto y los Obispos de Gloucester y Worcester. Pero de entre todos, Jake era el rey.

El linaje de Jake es digno de mención. Emily, su abuela, era una hereford colorada con la cara blanca. Enfermó cuando sólo tenía unos pocos meses, no estamos seguros de por qué. Parecía una especie de neumonía acompañada por pérdida de apetito y respiración trabajosa. Emily empeoró rápidamente y tenía un aspecto muy vulnerable. Mi padre la tomó bajo su protección, la cuidó con entrega y sabiduría e incluso llegó a echarse junto a ella para darle calor. La cubrió de heno y la cuidó hasta que poco a poco fue recuperando la salud. Pasaron meses antes de que volviera a sentirse fuerte, pero gradualmente, confiadamente, volvió a florecer. Al final, aquel animal pequeño y delgado pasó a convertirse en uno recio, fornido y robusto, peludo al tiempo que esponjoso.

El primer ternero de Emily (la madre de Jake) fue Nuffield. Cuando nació, Nuffield era negra y marrón oscuro con la cara blanca, y durante una breve temporada la llamamos Emily II. Al cabo de unos meses, y para nuestra sorpresa,

empezó a mudar el pelaje: se le fue cayendo el marrón oscuro y Emily II se volvió negra. Su peculiar cambio de nombre se debió a que cuando la empresa de tractores Leyland compró la empresa de tractores Nuffield, pintaron todos los tractores Nuffield naranja de color azul. Al cabo de un tiempo, la pintura azul empezó a desconcharse y a dejar a la vista el color naranja original. De ahí el nuevo nombre.

Llegamos a desesperarnos aguardando a que Nuffield tuviera un ternero: parecía que no quería concebir. Casi nos habíamos rendido ya cuando decidimos darle una última oportunidad y probar la inseminación artificial combinada con el toro del rebaño.

Nuffield quedó preñada, pero todavía tardamos nueve meses en descubrir que había concebido de ambos toros al mismo tiempo. Alumbró dos terneros mellizos, Red Ruch y Black Jake. Ruth era colorada con la cara blanca, mientras que Jake era completamente negro. Si no los hubiéramos visto nacer, no habríamos creído que dos gemelos pudieran ser tan distintos. Emily era encantadoramente afable, Nuffield era sumamen-

te independiente; los gemelos eran una deliciosa mezcla de ambas características: tranquilos y confiados y a la vez perfectamente capaces de valerse por sí mismos. Nuffield estaba muy orgullosa de ellos, y nosotros también.

Durante los meses siguientes tomamos conciencia de algunas de las cualidades excepcionales que compartían Jake y Ruth. Ambos eran muy inteligentes, capaces de hacer lo debido en cualquier circunstancia concreta y de pedirnos ayuda cuando la necesitaban. Jake se me acercaba en el campo y me tiraba del abrigo con los dientes para llamar mi atención.

El primer ternero de Ruth fue menudo, delgado y frágil, aunque por entonces Ruth era ya un animal corpulento, fuerte y robusto. Little Ruth necesitó cuidados pacientes e interminables durante varios meses, en los que tuvimos que persuadir a su madre de que saliera sin ella a pastar a los campos, porque, naturalmente, era reacia a separarse de su pequeña. Pero pronto se dio cuenta de que íbamos a cuidar de Little Ruth, de modo que adoptó su propia rutina, consistente en pacer durante dos o tres horas antes

de regresar al establo, donde nos permitía que la ordeñáramos un poco para darle leche a su ternero con biberón. Y entonces volvía a marcharse. (Su actitud fue un presagio de la de Fat Hat II, de quien hablaremos más adelante.) Gradualmente, Little Ruth fue recuperando la fuerza y empezó a acompañar a su madre. Entretanto le habíamos enseñado a comer heno y le habíamos llevado diferentes tipos de hierba cortada. La pequeña había mostrado predilección por la oreja de ratón, que empezamos a buscar y a llevarle de forma asidua.

Jake pronto se convirtió en el animal más importante de la granja, aunque no en su propia opinión, ya que como la mayoría de los toros no era en absoluto presuntuoso. Era un ejemplar magnífico: totalmente negro, con un pelaje áspero en invierno y suave y sedoso en verano, con el flequillo siempre rizado. Tenía las patas negras fuertes, y unos ojos bondadosos, inteligentes y astutos. Todos lo amábamos y lo admirábamos, una opinión que era compartida por todo el rebaño. Era amable y nunca se mostraba autoritario, a pesar de que tenía el triple de fuerza

que los demás. Incluso un animal mucho más pequeño podía apartarlo de una lámina de heno. (Suele haber diecisiete láminas en una paca de heno, de casi cuatro kilos cada una.)

Jake confiaba en nosotros. Nunca le habíamos fallado ni le habíamos causado ninguna preocupación y era un animal feliz, que hablaba regularmente con su madre y sus hermanas, que ya eran tres. (Nuffield había vuelto a tener gemelos: Augusta y Octavia, dos vaquillas idénticas, negras con la cara blanca como la misma Nuffield.) Decidimos quedarnos a Jake como el semental del rebaño. Era ideal, de trato fácil y nada agresivo.

Un día tuve que trasladarlo de un extremo de la granja a otro, del grupo con el que había pasado todo el invierno a otro grupo más grande, situado a casi un kilómetro de distancia. Como habría sido una pena mover al grupo entero para llevarme tan sólo un animal, empujé delicadamente a Jake para apartarlo de la vacada en dirección a la verja que daba al bosque. Él se volvió para mirarme, intrigado. Entonces lo golpeé con más fuerza y se puso en marcha.

Avanzamos por el bosque oscuro, él confiando en que nunca lo llevaría a un lugar al que él no preferiría ir, y yo dándole golpecitos y empujones al tiempo que le dedicaba halagos y palabras persuasivas. Llegamos a la verja del prado y Jake, educado como siempre, esperó a que yo abriera. A continuación cruzó con paso lento el arroyo y una ladera embarrada. Se giró otra vez con expresión interrogante y yo volví a tranquilizarlo, diciéndole que el lugar al que íbamos le iba a gustar mucho y acompañando mis palabras con palmaditas y empujones firmes.

Nuestro largo e interesante paseo a través de la granja fue agradable pero lleno de incógnitas, porque, aunque Jake avanzaba despacio, incluso dolorosamente despacio en ocasiones (tanto que daba la impresión de modorra y avanzada vejez), yo sabía que, si le apetecía, podía dar media vuelta y esfumarse en el momento menos esperado. Finalmente, la otra mitad del rebaño apareció ante nosotros, y antes de correr a unirse a sus nuevos amigos, Jake se volvió una vez más hacia mí para reconocer que comprendía el objetivo del paseo.